

Momentos desagradables los que siguen a la llegada, cuando nos meten en unas escuelas que hacen las veces de cuartel y preparamos lo que va a ser nuestro lecho en colchones tirados por el suelo.

– ¿Aquí tendremos que dormir?

¡Qué ingenuidad! ¡Cuánto, después, hemos de echar de menos estos colchones sucios y estas aulas desangeladas y frías!

A poco de llegar nos forman para repartir el rancho. Todos en fila india con plato y cuchara a esperar media hora para recibir unos garbanzos con unos trozos de carne, que nos parecieron incomibles. Decidimos los Rábago y yo buscar un sitio donde comer y dormir, decisión que comunicamos al alférez:

– Comer, sí, pueden hacerlo fuera; pero comprenderán que dormir no es posible. De todas las maneras, si algo necesitan de mí, me tienen a su disposición.

El caso es que no comprendemos el porqué de la negativa, o más bien no queremos comprenderlo. ¡Qué nocecita la primera! Total, por dormir en un colchón. Como tres despistados, los Rábago y yo nos situamos en el rincón más apartado y nos acostamos hasta con las botas.

El rancho no hemos vuelto a probarlo. Nos recomendaron una cantina y allí hicimos nuestras comidas todo el tiempo de nuestra estancia en Aguilar. El tiempo empeora, y una tarde gris, desde el Café Comercio, mientras saboreamos nuestro chocolate, vemos caer silenciosamente copos de nieve de gran tamaño... ¡Buena perspectiva!

## **21 de noviembre**

Abandonamos Aguilar para subir a la posición del Bernorio. Está situada en un alto, a unos 1.500 metros, aproximadamente, ocupando toda la extensión de la cumbre que fue en tiempos castro cántabro y creo que también ciudad romana. Hace un día muy malo, con viento cierzo y niebla cerrada. Hay ya una cuarta de nieve, y sigue nevando. Con la niebla casi no vemos la posición, ni dónde están los rojos. De una especie de cueva

metida entre la nieve sale un requeté que manifiesta al vernos una gran alegría y avisa a gritos a sus compañeros que venimos a relevarles. Y salen más requetés de la chabola, con barba, abrigados con mantas y capotes y con una buena dosis de porquería en las manos y la cara:

– No conocéis el Bernorio, ¿verdad? Ya veréis lo que es bueno.

– Claro, hombre; sólo falta que nos animes de esa manera.

– ¡A ver!, –dice el alférez Roch–, ¡voluntarios! ¡Necesito doce voluntarios!

Salimos entre los doce –¡cómo no!- los dos Rábago y yo. Somos así de... cándidos.

– Sargento Urquijo, llévatelos al Parapeto de la Muerte.

– ¿Dónde?... Tú, ¿dónde ha dicho? ¡Quién nos mandaría...! Pero no; que hay que sacrificarse por Dios y por España.

Va con nosotros el capitán de la posición. Al llegar al parapeto de nombre tan funesto, ¡paf!, suena un tiro. Como un solo hombre nos tiramos al suelo. El capitán se ríe...

– Pero, hombre, si ha sido un tiro de un centinela nuestro.

– Mi capitán, como es el primero que oímos...

Entramos en una chabola de piedra. Es más o menos como los chozos de los pastores: piedra sobre piedra, sin masa de ninguna clase y con los suficientes agujeros para no pasar calor. Al principio no vemos otra cosa que una hoguera en el suelo y varios soldados a su alrededor. Un motivo muy adecuado para un cuadro de La Tour. No se puede estar de pie, porque la altura del techo no da para tanto. ¡Y cae cada gotera!

Pepe, Valentín y yo nos acurrucamos encima de unas mantas, en un rincón, y -estoy seguro, aunque de momento no expresamos nuestros sentimientos- nos acordamos los tres con nostalgia de los colchones del cuartel de Aguilar. ¡Con las ganas que teníamos de venir al frente! Claro que nuestra idea del frente era de avance sobre el enemigo, de actividad intensa, así como en las películas. Pero desconocíamos que el frente es también estabilidad durante días o meses entre nieve y humedad, o calor, o frío, en mera actitud de espera o defensa.

Está anocheciendo. Afuera siguen cayendo mansamente copos de nieve. Y dentro, con la luz de la lumbre, vamos viendo algo más: somos doce soldados y doce requetés. Al decir soldados me refiero a militares, o milicia regular. Estos son casi todos gallegos; muy buenos, muy sufridos, muy resignados, hasta con mucho sentido del humor, que exteriorizan al principio mirándonos a los "pipis" con sorna, a la vez que con compasión, pero... ¡qué lenguaje, Dios santo! Los Rábago y yo nos miramos con los ojos muy abiertos y los labios en O.

¡Pat!

– ¿Qué ha sido eso?

– Que están ya ahí los rojos... No tengáis cuidado. Era broma. Ha sido una bala que se ha estrellado en los sacos.

Y luego, templando sus manos en la lumbre, en corro, empiezan a cantar una canción tan bárbara que no puedo transcribir entera. A Pepe le hizo mucha gracia y la cantaba de vez en cuando para resumir lo mal que pasamos nuestras primeras horas en el parapeto.

*Los militares somos la hostia  
Somos la madre que nos parió...*

Ese era su comienzo, bastante suave para lo que seguía después. ¿Y la noche? Dentro de la chabola, helados de frío, sin ganas de hablar y sin dormir ni cinco minutos. Cada dos horas hay que salir una a las trincheras, para vigilar en una oscuridad impenetrable. Aunque había parado de nevar, era tal el frío que hacía (estábamos a finales de noviembre y a una altitud de 1.500 metros) que yo temblaba de los pies a la cabeza. ¿Sólo por el frío? Era la primera noche que me veía "haciendo la guerra". El compañero que hacía centinela conmigo -nos ponían juntos a un soldado y a un requeté- tiraba de vez en cuando un tiro a través de la niebla y de la noche hacia donde debían estar los rojos. Yo no veía nada, ni siquiera por dónde podía llegar el enemigo; ni me atrevía a disparar como el soldado... -¿lo diré?- porque nunca había tenido un fusil en la mano,

ni siquiera una escopeta, y como nadie me había enseñado su manejo, dando por supuesto que lo conocía, temía, no sé por qué, que se reventara la bala en el cañón, o alguna otra cosa rara. Cuando, ya de día, me decidí a disparar, después de muchas indecisiones y temores, y vi que no pasaba más que lo que tenía que pasar, sentí una gran alegría. Naturalmente, tiraba al vacío, porque la niebla persistía y no se veían las posiciones enemigas. Aquella noche oí, también por primera vez, el silbido inconfundible de las balas que disparaban los del otro lado.

Y para que la noche fuera completa, la pasamos entera sin cenar. A la mañana siguiente desayunamos tarde y por verdadero milagro.

Nos relevaron del Parapeto de la Muerte a las veinticuatro horas. Recibimos a los que venían para relevarnos con un gran aire de superioridad y veteranía. El nombre de la posición no podía ser más tétrico. Creo que en todos los frentes había algún parapeto de la muerte. Lo llamaban así porque, al parecer, cuando se tomó el monte, y aún después, al cavar las trincheras, hubo gran cantidad de muertos, precisamente en ese punto, el más batido por el fuego.

Con la llegada del nuevo día renace el optimismo y desaparece, en parte, ese temor misterioso a lo desconocido. Además, ha dejado de nevar, hace también menos frío y levanta la niebla lo suficiente para distinguir claramente las posiciones rojas, a unos doscientos metros de distancia.

## **22 de noviembre**

Me han relevado del Parapeto de la Muerte y dedico parte de lo que queda del día y toda la noche a recuperar horas de sueño en un chabolón de "retaguardia" donde, al menos, se puede estar de pie. Pero, ¡qué amontonamiento humano y cuánta suciedad!

Un requeté de los que vinieron con nosotros se pasa a los rojos. José Luis Palacio, de Reinosa, resulta herido haciendo guardia por la noche en el Parapeto de la Muerte. Ha perdido un ojo. Y era su primera guardia.

### **23 de noviembre**

Me vuelve a tocar de centinela en el Parapeto de la Muerte. Pepe va a otro, me parece que a la Avanzadilla. Al mediodía viene su padre a visitarnos. Llega en el preciso momento en que estamos comiendo el rancho, únicamente unos garbanzos duros, como piedras. Como es natural, se lleva una lamentable impresión de las comidas y del estado de las chabolas.

La noche anterior hubo sustos. Los centinelas que me precedieron creyeron ver sombras cerca de los parapetos y por ello tiraron algunas bombas. Desde el puesto de guardia se ve a la derecha de nuestras alambradas una lucecita fosforescente. Me dicen que esa luz la despide un muerto rojo. Hay varios cadáveres entre las dos posiciones desde la toma del monte, que fue en septiembre. Se debía aprovechar un día de niebla y enterrarlos.

### **25 de noviembre**

Me toca de guardia en la Avanzadilla. Durante el día las guardias son muy soportables: hace menos frío y no hay que mantener atención constante. La tensión, por lo tanto, es menor y menor el miedo.

Es una noche magnífica, despejada y serena. Nuestros centinelas, en estas noches tranquilas, charlan con los rojillos, unas veces para cambiarse furibundos insultos y otras como ésta, para proyectar una tregua y concertar una entrevista a medio camino al día siguiente.

### **26 de noviembre**

En efecto, con permiso del capitán, dos sargentos de nuestro requeté, Urquijo y Quevedo, el primero de Santander y el segundo de Palencia, bajan a la vaguada intermedia a los dos frentes, al mismo tiempo que de los parapetos rojos se acercan dos de ellos. Los nuestros llevan la bandera nacional; ellos, la de la FAI. En las trincheras nuestras, por lo que pue-

da ocurrir, nos mantenemos en guardia, con los fusiles. Supongo que ellos harán lo mismo. Pero no hace falta. Se abrazan y se sientan a hablar amigablemente. Como Urquijo es de Santander, conoce a uno de los emisarios, que también lo es. Se cambian prensa. Los nuestros les dan pan blanco y ellos les obsequian con cigarrillos rusos. Hablan de la guerra y reconocen la superioridad de nuestros mandos, sobre todo de Franco y de Mola. Otro abrazo efusivo de despedida y convienen en interrumpir el fuego de trinchera a trinchera hasta nueva orden.

¿No es cosa de risa? Todos nos asomamos a las trincheras, de pie, y nos hacemos señas con los de enfrente, que también pasean al descubierto. Tanto ellos como nosotros deseamos paz, convivencia y amistad. Y, sin embargo, dentro de un rato se reanudarán las hostilidades y volverán a establecerse de nuevo los dos frentes. ¿No es absurdo? Y es posible que no exista otro procedimiento.

Por la parte del Parapeto de la Muerte, otro ángulo de la posición, también han querido hacerse amigos -¡hacerse amigos los que son hermanos!- y hay entrevistas a medio camino sin autorización del capitán. Como en la otra parte hay indudablemente menos disciplina y mandos con menor autoridad, empiezan a llegar rojos a nuestra posición. Dicen que han venido a vernos, pero que se vuelven. Nuestros jefes se oponen y el capitán Peñaranda se lleva tres detenidos a Aguilar.

¡Y así se acabó la paz! Como si se hubiera dado una señal, nos ocultamos de nuevo en las trincheras y comienza un tiroteo que no permite asomar ni un dedo fuera. ¡Qué lástima! La paz sólo duró una hora. Podría ser el título de una novela humorística.

Los restantes días de nuestra estancia en el Bernorio pasan sin novedad alguna. Siguen los continuos tiroteos de trinchera a trinchera y las conversaciones con los rojos en las noches serenas:

-¡Rojillos!...

Un momento de silencio, un fognazo y contestación, generalmente grosera. Suenan las voces en la noche helada con una claridad asombrosa.

– ¡Fascistas!... ¡Atención! Os va a hablar un camarada de la FAI.

Y largan un discurso, ampuloso y demagogo, invitando a la rendición. Para terminar, unos tiros de nuestros centinelas. Y otra vez silencio, hasta que con el nuevo relevo se reanudan los diálogos, los insultos y los discursos.

¡Oh, noches gélidas e inquietantes del Bernorio, con sombras misteriosas, ruidos indefinidos, fognazos, canciones lánguidas y nostálgicas de algún centinela solitario...! Inolvidables noches del Bernorio.

El tiempo es regular, aunque frío; la comida, poca y mala: para desayunar, invariablemente, chocolate, muy claro, eso sí, pero caliente. En la comida, un poco de carne con patatas o, mejor dicho, de patatas con carne, o bien garbanzos, casi siempre duros, y por la noche... nada la mayor parte de las veces, porque como había que hacer cola junto a la cocina, al sereno, y hacía tanto frío, preferíamos seguir durmiendo a esperar media hora para comer un simple plato de alubias. Y las chabolas donde dormíamos... algo así como cuadras oscuras con paja en el duro suelo que era nuestro lecho.

## **1 de diciembre**

Nos relevan. En Aguilar nos espera mi padre y don Pepe, con cuya visita recibimos una gran alegría, no sólo por su presencia, sino porque nos llevan a comer con ellos al hotel. ¡Comer en mesa y escoger comida! Casi nada. Creo que me zampé, entre otras cosas, catorce filetes de ternera.

Poco después de comer nos trasladan en camiones a Cervera de Pisuerga, y los días que pasamos en esta preciosa villa resultan un maravilloso descanso, unido a un tiempo espléndido. Dormimos en plan de cuartel, pero las comidas y cenas las hacemos en una tasca donde nos tratan a cuerpo de rey por poco dinero. Y para completar el bienestar, limpiamos nuestros cuerpos de miseria, abundante en todos.



Imagen realizada el 13 de marzo de 1932 en Valmaseda. En el centro aparece Luis García Guinea, cuando contaba con dieciséis años. A su derecha, el pintor vasco R. Rodet.

*"En caravana familiar abandonamos Valladolid en busca de descanso y paz, una vez concluido el año universitario. ¡Con cuanta ansia espero el nuevo veraneo! Allá, en Campoo, aunque iniciado oficialmente el verano, será todavía primavera: las praderas estarán aún verdes y sin segar; la sierra conservará grandes manchas de nieve... Mis veinte años esperan grandes cosas de estos meses de perspectivas luminosas y serenas: una vida sana, primitiva, allí donde la naturaleza se estrena cada día, casi cada hora. Deseo y ansío aspirar la humedad de los bosques, el contacto inmaculado de las aguas, la caricia de las nieblas..."*

*22 de junio de 1936*





Fotografía de La Casona, en Naveda, donde Luis García Guinea se encontraba veraneando cuando estalló la Guerra Civil.

*"Como parece inminente que los milicianos suban a Campoo, deciden las personas mayores que las mujeres y los niños se vayan a dormir a una de las últimas casas del pueblo, más sencilla y, en consecuencia, más segura. La Casona ofrece más peligro por su aspecto un tanto señorial. Ahora el señorío no está de moda".*

*20 de julio de 1936*



Panorámica actual de Naveda, en Campoo.

*"...reunidos en medio del bosque, entre Naveda y Celada, una veintena de huidos -algunos fueron fusilados después por los rojos o por los nacionales- comemos y bromeamos, tal vez porque no medimos aún la verdadera trascendencia de la tragedia".*

*21 de julio de 1936*



Restos del Parapeto de la Muerte, posición del ejército nacional en el monte Bernorio en la que estuvo Luis García Guinea a finales de 1936. La imagen muestra la visión que tenían los soldados del frente republicano, situado al fondo.

*"Va con nosotros el capitán de la posición. Al llegar al parapeto de nombre tan funesto, ¡paf!, suena un tiro. Como un solo hombre nos tiramos al suelo. El capitán se ríe...*

*– Pero, hombre, si ha sido un tiro de un centinela nuestro.*

*– Mi capitán, como es el primero que oímos...*

*Entramos en una chabola de piedra. Es más o menos como los chozos de los pastores: piedra sobre piedra, sin masa de ninguna clase y con los suficientes agujeros para no pasar calor".*

*21 de noviembre de 1936*



Fotografía actual que muestra una posición nacional en el Bernorio. Al fondo aparece la loma en la que se encontraban apostados los soldados republicanos.

*"Con permiso del capitán, dos sargentos de nuestro requeté bajan a la vaguada intermedia a los dos frentes, al mismo tiempo que de los parapetos rojos se acercan dos de ellos. Los nuestros llevan la bandera nacional; ellos, la de la FAI. En las trincheras nuestras, por lo que pueda ocurrir, nos mantenemos en guardia, con los fusiles. Supongo que ellos harán lo mismo. Pero no hace falta. Se abrazan y se sientan a hablar amigablemente. Se cambian prensa. Los nuestros les dan pan blanco y ellos les obsequian con cigarrillos rusos".*

*26 de noviembre de 1936*



El Bernorio fue uno de los puntos estratégicos de la Guerra Civil en la provincia de Palencia. La fotografía muestra las posiciones nacionales, que estaban situadas en la cima del monte, vistas desde el lugar que ocupaban los soldados republicanos.

*"¡Oh, noches gélidas e inquietantes del Bernorio, con sombras misteriosas, ruidos indefinidos, fagonazos, canciones lánguidas y nostálgicas de algún centinela solitario...! Inolvidables noches del Bernorio".*

*Noviembre de 1936*